

PEDRO KROPOTKINE

ETICA

CAPITULO I

La necesidad contemporanea en la elaboracion de bases de la moral (1)

EL PROGRESO DE LA CIENCIA Y LA FILOSOFIA EN LOS ULTIMOS CIEN AÑOS. — EL PROGRESO DE LA TECNICA MODERNA. — POSIBILIDAD DE CREAR UNA ETICA, BASADA EN LAS CIENCIAS NATURALES. — TEORIAS DE LA MORAL DE LOS TIEMPOS MODERNOS. — ERRORES FUNDAMENTALES DE LOS SISTEMAS ETICOS ACTUALES. — TEORIA DE LA LUCHA POR LA EXISTENCIA: SU INTERPRETACION ERRONEA. — LA AYUDA MUTUA EN LA NATURALEZA. — LA NATURALEZA NO ES AMORAL. — LAS PRIMERAS LECCIONES MORALES LAS RECIBE EL HOMBRE DE LA OBSERVACION DE LA NATURALEZA. (2)

El compañero Julio Company nos habia ofrecido hace algun tiempo la traduccion de este libro de Kropotkine, para su publicacion en LA ANTORCHA, pero la circunstancia de su suspension por mas de un mes nos impidio iniciarla antes. Como la "Editorial Argonauta", en ese tiempo, hizo publico su plausible proposito de editar cuanto antes este libro, nosotros nos limitamos a publicar los tres primeros capitulos de la ultima obra de Kropotkine, seguros de que ellos, aun desprendidos del conjunto, seran de alto valor y servirán para atraer, por el interes que susciten, la atencion de los compañeros, hacia la edicion de la "Editorial Argonauta", cuya obra, sostenida y meritoria, es digna de apoyo.

Cuando pasamos revista a los enormes adelantos hechos por las ciencias naturales en el transcurso del siglo diez y nueve y vemos lo que nos prometen en su desarrollo ulterior, no podemos menos que reconocer que ante la vida de la humanidad se abre una nueva era, o que, por lo menos, tiene en sus manos todos los medios necesarios para inaugurar esta nueva era. Bajo el nombre de ciencia sobre el hombre (antropología), ciencia sobre las instituciones sociales primitivas (etnología prehistórica) y de historia de las religiones, crecemos, en los últimos cien años nuevas ramas de la ciencia, que nos abren nociones completamente nuevas sobre todo el proceso del desarrollo de la humanidad. Gracias, al mismo tiempo, a los descubrimientos en el dominio de la física o lo referente a la estructura de los cuerpos y substancias celestes en general, elaboráronse nuevas nociones sobre la vida del universo. Al mismo tiempo, las enseñanzas anteriores sobre el origen de la vida, sobre la situación del hombre en el Universo, sobre la naturaleza de la inteligencia, gran alteradas en su propia raíz como consecuencia del rápido desarrollo de la ciencia sobre la vida (biología), y de la aparición de la teoría del desarrollo (evolución) como del progreso de la ciencia sobre la vida espiritual (psicología) del hombre y de los animales.

Decir que en todas sus ramas — a excepción, quizá, de la astronomía — hicieron las ciencias, durante el siglo diez y nueve, más adelantos que durante tres o cuatro siglos anteriores, sería poco. Hay que volver atrás más de dos mil años, a los tiempos del florecimiento de la filosofía en la antigua Grecia, para encontrar un despertar semejante en la inteligencia humana. Pero una tal comparación sería inexacta, por cuanto el hombre de entonces aún no había llegado a dominar la técnica como la domina hoy día; y el desarrollo de la técnica dará, por fin, al hombre, la posibilidad de liberarse del trabajo esclavizante. En la humanidad contemporánea desarrollo, al mismo tiempo, el espíritu valiente y atrevido de la inventiva. Namudó a la vida por los progresos recientes de las ciencias; y los inventos que se sucedieron rápidamente aumentaron tanto la capacidad productiva del trabajo humano, que para los pueblos contemporáneos, civilizados no sólo posible, al fin, el logro de un bienestar general, con el que no se podía soñar ni en los tiempos antiguos, ni en la edad media, ni en la primera mitad del siglo XIX. Recién ahora puede la humanidad decir que su capacidad de satisfacer todas sus necesidades sobrepasa a las mismas, que ahora no hay más necesidad de cargar el peso de la miseria y la opresión sobre las enteras de hombres, para dar el bienestar a unos pocos y aligerar su sucesivo desarrollo intelectual. La abundancia general — no cargando a nadie el peso del trabajo apastante y anulador, — es ahora posible; y la humanidad puede finalmente reconstruir toda su vida social sobre principios de justicia.

Tendrán los pueblos civilizados modernos suficiente audacia y espíritu de creación social constructiva, para beneficiarse con las conquistas de la inteligencia humana y el bien común? Difícil es decirlo de antemano. Pero esto es indudable: el florecimiento reciente de la ciencia creó ya una atmósfera intelectual necesaria para traer a la vida las fuerzas correspondientes; y ya nos dio los conocimientos indispensables para la realización de este gran objeto. Vuelta a la sana filosofía de la naturaleza, quedada en desuso desde los tiempos de la antigua Grecia hasta que Bacon no la despertó para la investigación científica de su tiempo adormecimiento, la ciencia contemporánea elaboró las bases de la filosofía del progreso, libre de hipótesis sobrenaturales y de la "mitología metafísica del pensamiento". La filosofía tan grande, poética e inspira-

da, y tan impregnada de espíritu de liberación, que es, ciertamente, capaz de dar vida a fuerzas nuevas. El hombre no tiene más necesidad de vestir con los ropajes de la superstición sus ideales de belleza moral y sus concepciones sobre una sociedad basada en la justicia: no tiene que esperar la reconstrucción de la sociedad por la Suprema Sabiduría. Puede tomar sus ideas de la naturaleza, y del estudio de su vida puede extraer las fuerzas necesarias. Una de las conquistas principales de la ciencia contemporánea fué el haber demostrado la indestructibilidad de la energía, por más transformaciones que haya sufrido. Para físicos y matemáticos fué este pensamiento una fuente rica en descubrimientos; los más variados: de ella están, en realidad, impregnadas todas las investigaciones contemporáneas. Pero el mérito filosófico de este descubrimiento es igualmente importante. Acostumbra al hombre comprender la vida del universo, como una cadena ininterrompible e interminable de las conversiones de la energía; el movimiento mecánico puede convertirse en sonido, calor, luz, electricidad; y, viceversa, cada una de estas formas de la energía puede ser convertida en otras. Y entre todas estas interacciones, el nacimiento de nuestro planeta, el desarrollo paulatino de su vida, su descomposición final en el futuro y su vuelta al gran cosmos, su absorción por el universo, son nada más que fenómenos infinitamente pequeños, — un simple minuto en la vida de los mundos celestes.

Lo mismo sucede también en el estudio de la vida orgánica. Investigaciones, hechas en la amplia región intermedia que separa el mundo inorgánico del orgánico, donde los procesos más simples de la vida en los hongos más inferiores apenas se pueden distinguir, y no del todo, de las mudanzas químicas de átomos, que se verifican continuamente en los cuerpos complejos, — estas investigaciones quitaron a los fenómenos de la vida su carácter místico, misterioso. Al mismo tiempo, nuestros conocimientos de la vida se han ampliado tanto, que acostumbramos ahora a contemplar las aglomeraciones de la materia en el universo — sólidos, líquidos y gaseosos (como son algunas nebulosas del mundo estelar), — como algo viviente y sometido a los mismos ciclos de desarrollo y descomposición, iguales a las que atraviesan los seres vivos. Después, volviendo a las ideas que en un tiempo se vislumbraron en la Grecia antigua, la ciencia contemporánea ha ido observando paso a paso el desarrollo maravilloso de los seres vivos, que se ha iniciado desde las formas más simples, que apenas merecen el nombre de organismos, hasta la diversidad interminable de los seres vivos que pueblan actualmente nuestro planeta y le prestan su mayor atractivo. Y, por último, familiarizados con la idea de que todo ser vivo es un gran medida el producto del medio en que vive, dió la biología con la solución de uno de los enigmas más grandes de la naturaleza: nos explicó la adaptación a las condiciones de la vida fenómeno que constatamos a cada paso.

Hasta en el más enigmático de todos los fenómenos de la vida, en el dominio del sentimiento y el pensamiento, donde la inteligencia humana tiene que percibir los mismos procesos, mediante los cuales se imprimen en ella las impresiones recibidas de fuera, — aun en esta región, la más oscura todavía entre todas, consiguió el hombre echar una mirada en el mecanismo del pensamiento, siguiendo los métodos de investigación adoptados por la fisiología. En la amplia región de instituciones, hábitos y leyes, supersticiones, creencias e ideales humanos, fué, por fin, derramada esta luz por las escuelas antropológicas de historia, jurisprudencia y economía política, pudiendo decirse ya, con certeza, que la aspiración a "la felicidad máxima para un número máximo de hombres" no es ya un sueño, una utopía. Es posible; habien-

dose también demostrado que la felicidad y el bienestar de un pueblo ni de una clase determinada, puede basarse, ni aun transitoriamente, en la opresión de otras clases, naciones o razas. La ciencia moderna obtuvo, de esta manera, doble resultado. Por un lado, le dió al hombre una valiosa lección de modestia. Le enseñó a "considerarse" apenas una pequeña partícula del universo. Lo sacó de su "presunción", en fuerza de la cual se consideraba el centro del universo y objeto de preocupación especial del Creador. Lo enseñó a comprender que sin el gran todo nuestro "Yo" no es nada; que el "yo" ni siquiera puede determinarse sin algún "tú". Y la ciencia demostró, al mismo tiempo, lo potente que es la humanidad en su desarrollo progresivo si utiliza sabiamente las energías limitadas de la naturaleza.

La ciencia y la filosofía nos dieron, de este modo, tanto la fuerza material como la libertad del pensamiento, indispensables para dar vida a los hombres capaces de empujar la humanidad por el nuevo camino del progreso general. Hay, sin embargo, una rama de la ciencia que ha quedado a la zaga de las demás ciencias. Esta rama es la ética: el estudio de los principios fundamentales de la moral. Este estudio, que si estuviera en correlatividad con el estado actual de la ciencia y aprovechara sus conquistas para echar los fundamentos de la moral sobre una base filosófica amplia, daría a los pueblos civilizados la fuerza capaz de inspirarlos para la gran reconstrucción en perspectiva — este estudio — no ha aparecido, siendo que, en todo y por todo, se siente su necesidad. Una nueva ciencia realista sobre la moral, liberada del dogmatismo religioso, de las supersticiones y de la mitología metafísica, igual como ya se ha librado la filosofía científico-natural contemporánea, o inspirada, al mismo tiempo, por los sentimientos superiores y esperanzas luminosas que nos inspira el conocimiento contemporáneo sobre el hombre y su historia, es lo que insistentemente exige la humanidad.

Que tal ciencia es posible, no cabe la menor duda. Si el estudio de la naturaleza nos dió las bases de la filosofía, que abarca la vida de todo el universo, el desarrollo de los seres vivos sobre la tierra, las leyes de la vida psicológica y el desarrollo de las sociedades, — este mismo estudio debe darnos la explicación natural de las fuentes del sentimiento moral. Como también debe indicarnos donde están las fuerzas, capaces de elevar el sentimiento moral hasta una altura y parezca cada vez mayores. Si la contemplación del universo y el conocimiento íntimo de la naturaleza pudieron sugerir a los grandes naturalistas y poetas del siglo XIX una gran inspiración, si la profunda penetración de la naturaleza pudo fortalecer el tema de la vida en Goethe, Byron, Schiller, Lermontov, al contemplar la furia del huracán, la tranquilidad y alhiva cadena de montañas, o el bosque obscuro y sus habitantes, porque, pues, la mayor penetración en la vida del hombre y de su destino no podría igualmente inspirar al poeta. Y cuando el poeta encuentra la expresión justa para su sentimiento de comunión con el Cosmos y de su unificación con toda la humanidad, se vuelve capaz de inspirar a millones de hombres con su gran impulso. Los obliga a sentir, en sí mismos, fuerzas mejores; despierta en ellos el deseo de tornarse más buenos. Despierta en los hombres el mismo éxtasis que antes era considerado privilegio de la religión. ¿Qué son, en realidad, los sabios, en los que muchos ven la más alta expresión del sentimiento religioso, o la parte más poética de los libros sagrados del Oriente, sino la tentativa de expresar el éxtasis del hombre en su contemplación del universo — sino el despertar en él del sentimiento de la poesía de la naturaleza?

La necesidad de una ética realista sen-

tiase ya desde los primeros años del Renacimiento científico, cuando Bacon, estableciendo las bases para el renacimiento de las ciencias, trazó al mismo tiempo los rasgos fundamentales de la ética científico-empírica, — menos definidos de lo que lo hicieron sus continuadores, pero con una amplitud de generalización, alcanzada desde entonces por muy pocos y más lejos de la cual hemos ido muy poco aún en nuestros tiempos.

Los mejores pensadores del siglo XVII siguieron en esta misma dirección, tratando también de elaborar sistemas de ética independientes de las prescripciones de las religiones. Hobbes, Cudworth, Locke, Shaftesbury, Paley, Jetison, Hume y Adam Smith trabajaban valientemente en Inglaterra para la solución de este problema abordándolo desde distintos puntos. Indicaban las fuentes naturales del sentimiento moral y en sus definiciones de los problemas morales estaban, en su mayor parte, (a excepción de Paley) en el mismo terreno del conocimiento exacto. Trataban, por distintos caminos, de armonizar el "utilitarismo" y el "utilitarismo" de Locke con el "sentimiento moral" y el sentimiento de belleza de Jetison, con la "teoría de asociación" de Gartley y con la ética del "sentimiento" de Shaftesbury. Acerca de los fines de la ética, hablaban ya algunos de ellos de la "armonía" entre el amor a sí mismo y la preocupación por sus congéneres, que adquirió tanta importancia en las teorías de la moral en el siglo XIX; y ellos la consideraban en relación con el "deseo de alianza" de Jetison y con la "simpatía" de Hume y Adam Smith. Y, al fin, si les costaba encontrar una explicación racional al sentimiento del deber, acudían a la influencia de la religión en los tiempos primitivos, o al "sentimiento innato", o a una teoría más o menos modificada de Hobbes, quien reconocía las leyes como causa principal de la educación de la sociedad, considerando al salvaje primitivo como un ser ineducable.

Los materialistas y los enciclopedistas franceses interpretaban el problema en el mismo sentido; insistiendo un poco más en el amor a sí mismo y tratando de coordinar dos tendencias opuestas de la naturaleza humana — la estrechamente personal y la colectiva. La vida social, demostraban ellos, favorece inevitablemente el desarrollo de los mejores deseos de la naturaleza humana. Rousseau, con su religión racional, era el eslabón que unía a los materialistas con los creyentes y, abordando valientemente los problemas sociales de aquella época, tenía mucha más influencia que los otros. Por otro lado, uno de los idealistas extremos, como Descartes y su continuador, el panteísta Espinosa, y hasta él, en un tiempo, "Idealista trascendental", Kant, no creían por completo en la procedencia de los principios morales por la revelación. Intentaban por eso dar a la ética una base más amplia, — sin negar, sin embargo, la procedencia sobrenatural de la ley moral.

La misma aspiración de hallar una base real de la moral se manifiesta aun con mayor intensidad en el siglo XIX, cuando una serie de sistemas, sedadamente considerados de ética fué elaborada sobre la base del amor a sí mismo (egoísmo) o del "amor a la humanidad" (Augusto Comte, Littré y muchos otros, menos conocidos de sus continuadores); de la "simpatía" e "identificación intelectual de su personalidad con la humanidad" (Schopenhauer); del "utilitarismo" (Bentam y Mill); y, finalmente, de la teoría de la evolución (Darwin, Spencer, Guyau), además de los sistemas que niegan la moral, que tienen su origen en la Rochefoucauld y Mandeville y desarrollados en el siglo XIX por Nietzsche y algunos otros, que afirmaban los derechos supremos de la personalidad, pero que aspiraban, al mismo tiempo, a elevar el nivel de la moral con sus ataques desafiados a las ideas morales incompletas de nuestro tiempo.

Dos teorías de la moral, el positivismo de Comte y el utilitarismo de Bentam, influyeron, como es sabido, hondamente sobre el pensamiento de nuestro siglo; siendo que la teoría de Comte imprimió un sello a todas las investigaciones científicas, que son el orgullo de la ciencia contemporánea. De ellas emana también todo un grupo de sistemas derivados, de manera que casi todos los obreros contemporáneos en psicología, en la teoría de la evolución y en antropología, enriquecieron la literatura sobre la ética con investigaciones más o menos independientes de gran mérito. Basta nombrar entre ellos a Faerbach, Bain, Lisle, Stefan, Proudhon, Wundt, Sjevitz, Marc Guyau, Jonte, sin recordar a muchos más, menos conocidos. Y, por fin, es necesario recordar también la aparición de una multitud de sociedades éticas para la amplia propaganda de las teorías sobre la moral, que no se basan en la religión. Y, simultáneamente a éste, un movimiento grandioso, aparentemente económico, pero en su esencia profundamente ético, surgió en la primera mitad del siglo XIX bajo el nombre de fourierismo, overismo, saint-simonismo y, un poco más tarde, de socialismo y anarquismo internacional. Este movimiento, que crece continuamente, tiende, con la participación de los trabajadores de todos los países, no tan sólo a revisar los principios

fundamentales de todas las naciones, sino también a reconstruir la vida de modo que en ella pueda desenvolverse una nueva página de nociones morales en la humanidad. Parecería que en vista de tantos sistemas-racionalistas de la ética, elaborados en los dos últimos siglos, no se pueda traer a este dominio nada que no fuera la repetición de lo dicho, o una tentativa de coordinación de las distintas partes de los sistemas elaborados anteriormente. Pero ya el hecho de que en los sistemas principales, propuestos en el siglo XIX — el positivismo de Comte, la teoría del utilitarismo de Bentam y Mill y el enciclopedismo altruista, o sea, la teoría del desarrollo social de la moral, propuesta por Darwin, Spencer y Guyau, — cada uno agregaba algo substancial a las teorías de sus predecesores, — nos demuestra que el problema de la ética no está agotado aún.

Si tomamos únicamente las últimas teorías, vemos que Spencer, desgraciadamente, no supo aprovechar todos los datos que se encuentran en el notable ensayo sobre la ética de Darwin, en su "Origen del hombre", mientras que Guyau introdujo en la investigación de los estímulos morales un elemento importante en alto grado, como es el exceso de energía en los sentimientos, en el pensamiento y en la voluntad, y que no fué tomado en cuenta por los investigadores que lo precedieron. Este mismo hecho, de que cada nuevo sistema haya podido aportar un elemento nuevo e importante, ya demuestra que la ciencia sobre los estímulos morales está lejos aún de haberse formado. En realidad, hasta se puede decir que esto jamás sucederá, por cuanto las nuevas tendencias y las nuevas fuerzas, creadas por las nuevas condiciones de vida, tendrán siempre que ser tenidas en cuenta a medida que la humanidad vaya desarrollándose.

Mientras tanto, es indudable que ni uno de los sistemas éticos, creados en el siglo XIX, pudo satisfacer siquiera a la parte intelectual de los pueblos civilizados. Además de numerosos trabajos filosóficos, en los que la inconsistencia de la ética contemporánea está claramente expresada (3), de mejor demostración nos sirve aquel definido retorno al idealismo, que observamos a fines del siglo XIX. La ausencia de la inspiración poética en el positivismo de Littré y Herberto Spencer y su incapacidad de dar una respuesta satisfactoria a los grandes problemas de la vida contemporánea; la estrechez de algunos conceptos por la que se distingue el filósofo principal de la teoría de la evolución, Spencer; más aún, el hecho de que los positivistas posteriores niegan las teorías humanitarias de los enciclopedistas franceses del siglo XVIII, — todo esto constituye ya un proyectil muy fuerte reacción a favor de un movimiento nuevo, rústico-religioso. Como con toda justicia hace notar Fouillée, la interpretación unilateral del darwinismo, hecha por los principales representantes de la teoría de la evolución, (hay que hacer notar que durante los doce primeros años después de aparecer "El origen de las especies", no hubo ni una sola palabra de protesta por parte del mismo Darwin contra esta interpretación), dió, indudablemente, una fuerza singular a los adversarios de la explicación natural de la naturaleza moral del hombre, el llamado "naturismo".

Empezando por refutar algunas errores de la filosofía científico-natural, emprendióse pronto la crítica contra el conocimiento positivo en general. Se proclamó solemnemente la "bancarrota de la ciencia". Los hombres de ciencia saben, mientras tanto, que toda ciencia exacta va siempre de una "aproximación" a otra, o sea, de la primera explicación aproximada de toda una categoría de fenómenos a la aproximación siguiente, más exacta. Pero esta verdad tan sencilla no la quieren reconocer los "creyentes" y los amantes del misticismo en general. Enterados de que en la primera aproximación se descubren inexactitudes, se apresuran a proclamar la "bancarrota" de toda la ciencia. Los hombres de ciencia saben, empero, que las ciencias más exactas, como es, por ejemplo, la astronomía, sigue, precisamente, este camino de las aproximaciones sucesivas. Llegar a saber que todos los planetas, gran alrededor del sol, era un gran descubrimiento, y la primera "aproximación" era suponer que ellos describen círculos en rededor del sol. Después se encontró que giran por círculos ligeramente estrados, e sea, por elipses, y esto fué la segunda "aproximación". Tras ésta llegó la "tercera" "aproximación", cuando supimos que todos los planetas giran por líneas onduladas, inclinándose continuamente a uno u otro lado de la elipse y sin jamás pasar exactamente por el mismo camino; y, finalmente, ahora, cuando sabemos que el sol no está inmóvil, sino que gira él mismo en el espacio, tratan los astrónomos de determinar el carácter y la posición de las esptulas, por las que corren los planetas, describiendo siempre elipses ligeramente onduladas en rededor del sol.

Estas mismas transiciones de una solución aproximada de los problemas a otra más exacta, se verifican en todas las ciencias. Tenemos así, que las ciencias naturales revisan ahora las "primeras aproxima-

F. B...

des que señalan a...